



LA POÉTICA DEL AGUA

Por Luis Beiro

La poetisa cubana Dulce María Loynaz (La Habana, 1902) es un ejemplo que adquiere una vigencia inusitada, sobre todo, al ser distinguida con el premio "Cervantes" 1992, que otorga la Real Academia de la Lengua Española.

"...vengo a ser el proceloso mar de la poesía, algo así como un navegante solitario."

(Dulce María Loynaz)

En cierta ocasión le escuché al poeta Pedro Mir, una frase que, por profunda y subjetiva, no dejó de estremecerme: "lo peor que le puede pasar a un poeta es haber nacido en una isla". Lógicamente, don Pedro especulaba acerca del fatalismo geográfico, y las lógicas limitaciones que tendremos siempre que enfrentar los colegas isleños para abrirnos paso, con alguna posibilidad de adiestramiento, en el profuso y complicado mundo del arte "en tierra firme" donde, con lamentable realismo, se siembran, cultivan y deciden los destinos del arte de todos los tiempos.

Y su gran verdad llegó a preocuparme, y en ciertas ocasiones, también la he hecho mía. Desde mi pequeña torre de ilusiones, allá en La Habana, comencé a sentir como propias las historias de Pedro Mir, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Manuel del Cabral y de decenas y centenas de poetas insulares quee vivieron, viven y vivirán propagando su mejor literatura a la altura de cualquier lumbrera continental; mas deben pagar, hasta la muerte, la indiferencia y el paternalismo.

Sólo navegantes solitarios, fortuitas aves con suerte estelar, y algún que otro viento huracanado, podrán posarse en los grandes y dorados altares de las letras mundiales. El Premio Nóbel pudiera ser un buen ejemplo.

¿No ha existido, en más de 70 años de gangarras, ni un solo caribeño que lo merezca? ¿Sería acaso una visión paternal la que influyó en el jurado para entregarlo en 1992 a un caribeño, en saludo al Quinto Centenario?

Siempre he aborrecido las comparaciones, porque en definitiva, no llevan a sitio alguno, pero por el camino que vamos, muy poco podría ser posible.

Por eso, desde este pequeño espacio de El Caribe, saludo con todas mis fuerzas a la Academia de la Lengua Española, porque por segunda ocasión, en 16 años, distingue a un insular (y ambos cubanos) con su ansiado premio "Cervantes". No es un buen récord, pero al menos indica cierto interés por lo que hacemos.

Yo espero que después de estos ejemplos, mi amigo Pedro Mir podráz perder un poco de escepticismo. Tanto Alejo Carpentier, en

1977, como ahora Dulce María Loynaz, son exponentes iniguables de la mejor cultura mundial. Sus premios Cervantes son nuestros, y a través de ellos, vemos coronados también a otros grandes que ya murieron o están a punto de morir en el perveerso antro de las sombras y, quizás, llevando a cuestras su único delitto: "haber nacido y vivir en El Caribe que nos une". Y esto, amén de distinciones, letras doradas y cuentas bancarias ¿no será tal vez la mejor recompensa para aquellos que no ceden a la tentación de las luces nucleares? Desde una isla, también se puede hacer el mundo, aunque el olvido nos trate de podrir. Sólo el tiempo tiene el don de los elegidos.

Y a él le deberemos todo cuanto estamos haciendo hoy.

Sin embargo, y con el perdón de los entusiastas, confieso ser un ca bnegado córnice de Pedro Mir: a pesar de estos tres premios, y de algún que otro pueda venir atenido a las terribles "circunstancias", seguiremos alejados de los grandes mecanismos de la fama, y con los bolsillos vacíos para emprender empresas universales. Pero con la convicción de sentirnos orgullosos de nosotros mismos.

Los años veinte dejaron en la historia de la literatura hispanoamericana, los nombres de cuatro grandes mujeres: Gabriela Mistral, Delmira Agostini, Juana de Ibarburou y Alfósina Storni. Sus obras, continuadoras de la gran cultura literaria de sus predecesoras, encontraron una amplísima difusión mundial, y la primera de las cuatro fue condecorada con el ansiado Premio Nobel.

En torno a sus grandes y muy difundidas figuras, se movieron también otras escritoras que, si bien no alcanzaron resonancia por determinadas causas que no nos proponemos analizar aquí, sí realizaron una obra tan vasta e importante como las mencionadas.

La poetisa cubana Dulce María Loynaz (La Habana, 1902) es un ejemplo que adquiere una vigencia inusitada, sobre todo, al ser distinguida con el premio "Cervantes" 1992, que otorga la Real Academia de la Lengua Española.

Perteneiente a esa amplia generación de luminarias de América, muy pronto comenzó a llamar la atención de sus contemporáneos. La poesía que estaba escribiendo en su isla natal tenía la magia de las insatisfacciones y la fuerza de los mares ocultos.

Viajó por casi todo el mundo y publicó en España algunos de sus libros. Sin embargo, antes de recibir este premio era prácticamente desconocida para la gran masa de lectores. Sobre todo, porque en tiempos que podrían augurarle la penetración en mecanismos difusivos, decidió volver a Cuba.

Las tiradas de sus libros fueron pequeñas, costumbre de esos tiempos, sobre todo, en el género de poesía. Y el aplazamiento de la edición de su novela "Jardín" (concluida en 1935 e impresa en 1951), le

Los años veinte dejaron en la historia de la literatura hispanoamericana, los nombres de cuatro grandes mujeres: Gabriela Mistral, Delmira Agostini, Juana de Ibarburou y Alfósina Storni

impidió una multiplicidad temporal. En última instancia, ella también rehuía la fama. Su mayor satisfacción entonces (y hoy), además de poder vivir en paz consigo misma, podría resultar el aliento de todo creador ante la perfección de su obra.

Silenciosa, austera, espléndida, fue elaborando sus libros con más lucidez que entusiasmo. Sabía bien que "no todos los días se escribe un poema. No basta proponérselo. Hay que merecerlo y conseguirlo". Y por sobre todas las cosas, su amor por Cuba fue más que una devoción. No es gratuito que el último texto de su elogiado libro *Poemas sin nombre*, termine de esta forma:

"Isla mía, ¡qué bella eres y qué dulce...!"

En Cuba, Dulce María Loynaz concibió y escribió el grueso de su obra, y esperó pacientemente la llegada de la gloria mundana. Allí combatió ausencias, y resultó victoriosa en esa gran batalla contra el olvido. Y por qué no decirlo, nos regaló una de las lecciones de cubanía y dignidad intelectual más hermosas de los últimos tiempos.

Su padre fue un dominicano ilustre: el doctor Enrique Loynaz del Castillo, General del Ejército Libertador.

Emigró a la mayor de las Antillas después de ejercer, durante mucho tiempo, como profesor de Segunda Enseñanza en Santo Domingo.

Desde pequeño, Loynaz fue un inquieto simpatizante de la independencia cubana, y a pesar de provenir de una familia dominicana acaudalada, rompió con ese egoísmo propio de los que tienen fortuna.

Emigró a Cuba no sin antes haberse incorporado, al menos moralmente, a la gesta emancipadora. José Martí dedicó algunas páginas para hablar de su entereza y patriotismo; y fue célebre la frase que le mencionara al Apóstol en su misma oficina de la ciudad de Nueva York: "¡Cuenta hasta con el sacrificio de mi vida; déme sus órdenes para cualquier empresa de la Revolución!"

En La Habana, contrajo matrimonio con Mercedes Muñoz Sañudo, y con ella fundó una familia ejemplar, integrada por Dulce María, Enrique, Carlos Manuel y Flor. En todo momento y después de finalizada la guerra, Enrique Loynaz del Castillo fue un hombre digno y sabio, dedicado a la correcta educación y formación de sus hijos.

En la paz de su hogar, escribió un libro que lo inmortaliza: "Memoria de la Guerra", el cual fue publicado por primera vez en 1987 por la editorial cubana de "Ciencias Sociales". Falleció en La Habana, el 1.º de febrero de 1963.

Muy pronto, los versos de Dulce María Loynaz comienzan a llamar la atención a nivel mundial. En 1928, el crítico e historiador José Manuel Carbonell los incluye en la antología "La poesía lírica en Cuba", volumen que le abrió puertas insospechadas. Durante la estancia en La Habana del poeta Federico García Lorca, recibe elogiosos comentarios sobre su obra.

Sin embargo, su celebridad mundial comienza a partir del año 1937, cuando el poeta Juan Ramón Jiménez la incluye en la antología "La poesía cubana en 1936".

Sobre la forma en que logró integrar los textos de Dulce María, Juan Ramón dejó escrito: "Dulce María y Enrique Loynaz, que se habían asustado un poco, como Ballagas, de algunas de las voces del granero, y de la mía acaso, y que habían de figurar en la colección "La poesía cubana en 1936", con la especial importancia que señale en el prólogo, se decidieron, ya en la prensa el libro, a enriquecerlo con un don de sueños exquisitos, de fina coloración ideal y espiritual, y que expresan que la honda mina de donde proceden, aumenta en calidad a medida que salen a la luz las vetas de su tesoro".

1946 será otro año significativo en su vida. En primer término, em-

Su padre fue un dominicano ilustre: el doctor Enrique Loynaz del Castillo, General del Ejército Libertador. Emigró a la mayor de las Antillas después de ejercer, durante mucho tiempo, como profesor de Segunda Enseñanza en Santo Domingo.

prende una gira por varios países sudamericanos, en donde conoce a la chilena Gabriela Mistral y a la uruguaya Juana de Ibarbourou. Por otra parte, contrae matrimonio en La Habana con el periodista de origen canario, Pablo Álvarez de Cañas, su compañero de toda la vida, y quien consagraría su existencia a la correcta difusión de su obra.

Ya en 1947, y sin perder el deslumbramiento que le produjo el encuentro con la cubana, Juana de Ibarbourou, escribiría un párrafo eminente que bastaría para consagrar sus incansables aportes a las letras hispanas: "Dulce Maríaz Loynaz dejó en mí una impresión tan profunda, que prefiero no repetir la experiencia de otro encuentro con la cubana. Quiero guardar para siempre aquella primera impresión. Ella ha dicho que se admira. ¡Cómo entenderlo, si quien lo dice es más grande que yo! Dulce María Loynaz es hoy, y de todo corazón lo creo, la primera mujer de América."

Ese mismo año, el gran poeta español, Gerardo Diego, publicaría su artículo "En plenitud de su vida poética", donde la consagraría para la posteridad: "Dulce Maríaz Loynaz ha venido a mostrársenos en la plenitud de su vida poética, que enriquece la ya copiosa y deslumbradora poesía femenina de nuestra lengua con la gracia sobra, esencial, felicísima de una nueva voz, distinta de todas, sorprendente y cálida de timbre, antillana y sobrespañola".

En su gira por España, publicaría en Madrid su libro "Juegos de agua", además de ser condecorada con la Cruz de Alfonso X El Sabio, en acto que contó con la presencia de destacadas figuras de las letras ibéricas.

Sin embargo, no cede a la tentación de la fama.

Humilde, celestial y auténtica, regresa a su amado trópico antillano para recibir uno de los reconocimientos más queridos: la orden nacional de Mérito "Carlos Manuel de Céspedes", en el grado de Dama, condecoración en la que ascendería, años más tarde, al grado de Comendador.

Así haría en todos sus viajes. Saldría a poner en alto el nombre de su país para luego volver a él como la más fiel de sus hijas.

Muy pocos conocen que el año 1959, y por acuerdo de la municipalidad, una calle de Santa Cruz de Tenerife es designada con su nombre. Y que a partir de 1960 no volvería a salir de Cuba. Se consagró a dirigir la Academia Cubana de la Lengua Española, a la que llevó su sabiduría y su amor patrio. Junto a su obra y a sus recuerdos, llegó a formar el jardín de su existencia. ¿Entereza ante el destino? Puede resultar una paradoja, pero las grandes obras necesitan de los vientos. Y sin proponérselo, ni desearlo, ni soñarlo, Dulce María Loynaz ha transgredido las leyes del tiempo, el estilo, de las formas y de las modas, no sólo para volver a ser la primera mujer de América, sino para demostrar que en Cuba se han multiplicado sus jardines.

A partir de su segundo poemario, "Juegos de agua", editado en 1947, Dulce María Loynaz escogió el símbolo de su poética. Símbolo que, con anterioridad también había aparecido, aún envuelto en ese aire inspirativo de sus primeros cantos que se "asomaban a la vida con inquietud y desasosiego". El agua: el agua en todas sus formas y significados se convirtió en su arte comunicador.

En la brújula que ondeaba alrededor de sus sentimientos. Sería el agua el personaje más enriquecido, el motivo de aparición perfecta, a la surcada magia de lo imposible.

Donde surgía el agua, el verso, el poema, el libro, el mundo, alcanzarían matices insospechados.

Sus angustias, ruegos y descubrimientos aflorarían como categorías perfectas dibujadas en el agua. Ríos y mares; lagos y lluvias; rosas y fangos; barcos y navegantes; cielos y nubes; elementos direc-

Dulce María Loynaz escogió el símbolo de su poética. Símbolo que, con anterioridad también había aparecido, aún envuelto en ese aire inspirativo de sus primeros cantos que se "asomaban a la vida con inquietud y desasosiego". El agua: el agua en todas sus formas y significados se convirtió en su arte comunicador.

tos o indirectos de esta poética, tejerían esa palpable dimensión de lo eterno. Su voz, por suerte, fue crecimiento mientras comprendía que su apego a tales significados constituiría la creación de su universo estético. ¿Ejemplos? En sus libros vibran inmensos, de dimensiones altísimas:

"Los juegos de agua brillan a la luz de la lunaz como si fueran largos collares de diamantes".

O

*"Quién pudiera como el río
ser fugitivo y eterno;
partir, llegar, pasar siempre
y ser siempre el río fresco".*

O también

*"La mujer que tiene su amor en el mar
es como más fina y más irreal".*

Hasta darnos la clave de su poética:

"Hermana: ¿Tú no sabes que yo soy luminosa porque bebí en el río el agua con estrellas?"

Tan amplia, profunda y enigmática es su obra que, en algunas zonas, ella prefiere aventurar nuevos símbolos. Sobre todo, los referidos al engrandecimiento de los significados. A la ampliación de los misterios de la vida hasta la propia devoción interna al interpretar la existencia humana, las decepciones y las extrañas aventuras:

*"Otros caminos hay por esos mundos, y nadie
vendrá nunca por el suyo".*

Mas, estas aparentes desviaciones, no pueden implicar divorcios. Su persuasivo tono confidencial se mueve de un lado a otro del agua, bosques y caminos, buscando mejores efectos poéticos. ¿O es que acaso su vida ejemplar y silenciosa no ha sido también una búsqueda constante? ¿Encuentro y descubrimiento de confesiones secretas?

Dulce María Loynaz se entregó como pocas a la creación. ¿Y su propia existencia no ha sido también un gran poema? Se entregó al arte con pasión ilimitada. Y al final, aprendió a caer en una de sus trampas: la grandeza espiritual; el quedar en paz consigo misma, siempre dejándose inundar por el agua y sus significados.

Podría ser, por tanto, un canto a lo incoloro. Al centro que da nacimiento al propio arcoiris sin una identificación específica, mundana. ¿Sería éste, al fin, su gran aviso?

En su caso personal, la escritura obvia los colores. Sólo acude a ellos cuando no le queda otro remedio, y esto también le implica un compromiso espiritual, abstracto, impresionista. Tal vez con la misma fuerza de la subjetividad. ¿No encontraría acaso dentro del agua la propia dimensión de su existencia, y desde allí, comprendiera su brindis a la magia de las coloraciones? ¿Y su mundo? ¿Y su país al que no ha dejado de cantar? ¿También incolores su país, su sangre... ¿Como el agua?

Pienso que algún mensaje insospechado pudiera aparecer si decidimos unir los símbolos y significados de su obra. Buscar la cla-

ve a la "Oración del alba", más que una aventura poética, entrañaría un feliz descubrimiento con una cubana que también es propia de Cuba, estrecha, pequeña y generosa como el corazón de los soñadores.

Méritos, rumbos, luces y ecos que sólo son posibles cuando alguien descubre que no sólo somos parte de este mundo. A estas alturas, un buen consejo estaría relacionado con los desequilibrios. Mucho se ha escrito sobre la poesía de Dulce María Loynaz aunque aquí no se conozca. Y mucho más tendrá que escribirse porque a partir de este momento, su obra va a estudiosos, propongo el mensaje de su poética: el agua. Con purezas e impurezas.

El agua múltiple y enrarecida. El agua y su mundo sin coloraciones cómplices ni circunstanciales. El agua, en fin, y sólo el agua de su vida y de su interminable magisterio.

Llegar hasta ella pudiera ser una aventura que merece la pena ser vivida.

27 de noviembre de 1992

Beiro González, Luis

Nace en La Habana, Cuba. Comenzó a trabajar en 1930. Pasó por las redacciones de El País, El Crisol, Antorcha, Nuestro Hogar y United Press en La Habana. Obtuvo el premio Anual José Martí